



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Prieto Castillo, Daniel (1984)
**“LA COMUNICACIÓN EDUCATIVA COMO
PROCESO ALTERNATIVO”**
en Perfiles Educativos, No. 4 (23), pp. 32-38.

LA COMUNICACIÓN EDUCATIVA COMO PROCESO ALTERNATIVO

Daniel PRIETO

Al hacer referencia a la comunicación educativa, tomamos una posición que habremos de analizar desde el punto de vista histórico, conceptual y práctico.

Aludimos a una toma de posición, porque circulan en nuestros países latinoamericanos otras expresiones con las que se pretende señalar un significado análogo: divulgación educativa, difusión educativa, información educativa, tecnología educativa.

La expresión correcta para nosotros es la que mencionamos al principio de este trabajo, pero eso, insistimos, constituye una manera de encarar el problema tanto de la comunicación como de la educación.

Es preciso explicar el sentido de ambos términos, a fin de evitar equívocos. Haremos esto en el capítulo dedicado a cuestiones conceptuales y previamente nos ocuparemos de las relaciones entre comunicación y educación, tanto en la enseñanza como en la aplicación a problemas sociales concretos.

PRIMERAS DISOCIACIONES

Cuando se habla de comunicación, inmediatamente se piensa en los medios de difusión colectiva y en las escuelas encargadas de preparar especialistas destinados a periódicos, radioemisoras, canales de televisión.

Cuando, por otra parte, se menciona a la educación, la imagen inmediata que se suscita nos remite a la labor en la enseñanza primaria, secundaria o bien universitaria.

Nadie entremezcla, al menos en primera instancia, ambos campos. La disociación tiene raíces en la realidad: en las escuelas de comunicación de nuestros países los problemas correspondientes a la educación han estado ausentes. Sólo en los últimos años comienzan a aparecer algunas asignaturas (o temas de asignaturas) relacionados con esas cuestiones.

A la vez, en los establecimientos dedicados a la preparación de docentes, e incluso a la investigación sobre la enseñanza, la comunicación brilla fuertemente, pero por su ausencia. Las excepciones cuentan, sin duda, sobre todo en los años más recientes. Podríamos mencionar algunos antecedentes, aunque la mayoría se reduce a experiencias muy parciales, ya sea en el manejo de medios o en la aceptación de definiciones que no permiten abarcar el proceso en su totalidad.

Las escuelas de comunicación nacen signadas por el periodismo: los estudiantes son orientados hacia los medios de difusión, en especial impresos. La formación incluye capacitación técnica y un barniz cultural que resultaría indispensable para desenvolverse en el periodismo. El universo de la imagen, fija y en secuencia, queda fuera durante muchos años, por dos motivos: la falta de teóricos y la carencia de equipos. Fue siempre más fácil conseguir algunas máquinas de escribir que cámaras fotográficas o sistemas de video.

Lo ideal, para el egresado, es incorporarse a una empresa y llegar a ser, con el tiempo, jefe de noticias o secretario de redacción. La totalidad de la bibliografía utilizada corresponde a la escuela funcionalista norteamericana. El periodista es definido como un hombre de acción, como un paladín de la justicia y de la

verdad. Surge un primer equívoco: se hace sinónima la tarea de difundir información con educar. La obsesión, en todos los casos, es lograr la respuesta afirmativa del público. Si educar es informar, alguien, educado, manejará mucha información y se comportará de acuerdo con ella; se da un supuesto básico: la eficacia de la información. La sociedad se divide en informadores e informados.

Pero las empresas nunca tuvieron la obligación de incorporar a los aspirantes a periodistas. El esfuerzo institucional comenzó a no contar con campo de trabajo.

La demanda no era tanta como se suponía. Entonces fueron surgiendo otras opciones: relaciones públicas, publicidad, por ejemplo. En ningún caso se optó por una especialización en comunicación universitaria o en comunicación educativa.

Ahora existen ya algunas excepciones, pero el panorama sigue siendo el mismo, en lo general.

Hay que añadir que desde los años setenta surgió en no pocas instituciones una actitud crítica y un intento de situar los problemas de la comunicación en el contexto de la sociedad, a lo que se sumó la incorporación de los análisis semiológicos, de los cuales nos ocuparemos más adelante.

De todas formas, las escuelas no han encontrado todavía un punto de inserción real en las relaciones sociales vigentes. La dirección hacia los medios de difusión colectiva sigue siendo preponderante.

En la formación de docentes, la disociación también se mantiene. El equívoco fundamental está en la confusión entre manejo de medios y comunicación educativa. Esto ha dado lugar, por ejemplo, a la incorporación de una asignatura cuyo título es "Auxiliares de la comunicación", y cuyo objetivo es capacitar al futuro docente en el manejo de algunos medios, especialmente audiovisuales. La denominación no implica siempre tal sentido y hay casos en los que se abre la temática a otros elementos del proceso de comunicación, como ocurre en la carrera de pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Todos conocemos los inconvenientes propios de un manejo exclusivo de medios: suplantación de las láminas tradicionales por imágenes fijas, falta de capacitación para obtener un máximo de provecho, entusiasmo por complicados sistemas que al final nadie usa, confianza ciega en un elemento que sólo es un auxiliar de un proceso más amplio.

En todo caso, cuando se alude a ese proceso, el esquema vigente sigue siendo el de la escuela funcionalista, con la disociación entre emisor y receptor, que no existe en las relaciones sociales concretas, salvo cuando se trata de un proceso de comunicación signado por cierto autoritarismo.

La separación entre la formación de comunicadores y de docentes continúa, sobre todo en la relación entre instituciones. Desconocemos la realización de algún encuentro entre escuelas de ambos tipos de enseñanza.

No faltan argumentos para mantener la disociación: un comunicador formado en la elaboración de mensajes y en el manejo de medios puede trabajar indistintamente en cualquier campo, desde la publicidad hasta la educación, pasando por todos los matices intermedios; un docente no tiene por qué apropiarse todos los problemas propios de la comunicación, basta con que sepa manejar ciertos recursos.

Sin embargo, la comunicación educativa, en tanto realidad, necesidad social, ha existido y se desarrolla **a pesar** de esa separación.

EXPERIENCIAS ALTERNATIVAS

No es objeto de esta exposición detallar las experiencias en comunicación que se han realizado en distintos países latinoamericanos con una intención educativa. Todos conocemos el papel cumplido por radiodifusoras o por medios impresos en la creación de posibilidades de participación entre miembros de las distintas comunidades.

Aun cuando las escuelas de comunicación no se ocupen de la educación, y viceversa, la comunicación educativa existe porque es una necesidad social imposible de dejarse de lado. No está por demás recordar que casi la totalidad del presupuesto educativo de nuestros países se va en pagar sueldos, con lo que el empleo de recursos para medios en general es prácticamente nulo. En los próximos años la única alternativa para alcanzar a todos los sectores de la población está en el uso de los medios, pues la educación formal no permite actualmente cubrir ni una mínima parte de la creciente demanda.

La relación entre educación y comunicación no nace de un capricho intelectual, ni de una decisión institucional. Se trata de una relación necesaria, surgida de la realidad misma de nuestros países latinoamericanos.

Titulamos este punto “experiencias alternativas”, porque la expresión va ganando terreno, se convierte en moda. La pregunta válida: ¿alternativas a qué? En primer lugar a un orden comunicacional vigente. En segundo a la disociación que venimos señalando.

Hay ya muchas denuncias respecto del orden comunicacional vigente: los excesos de la publicidad, la manipulación, el reforzamiento de ideologías. Para nosotros ese orden consiste fundamentalmente en un despilfarro comunicacional: una sobreabundancia de circulación de mensajes cuya inserción en la realidad (como elemento positivo, participativo, profundizador) es a menudo totalmente dudosa.

Las alternativas, pues, van por el lado de la profundización y de la participación: Profundización en una temática, en el sentido de toma de conciencia de la misma; participación, clara, real, de los integrantes del proceso de comunicación.

La comunicación educativa es alternativa del orden comunicacional vigente, es la alternativa. Como tal, en la actualidad resulta minoritaria, cuantitativamente hablando, es un mínimo elemento de nuestra muy compleja realidad. Pero, insistimos, elemento necesario, imprescindible en las relaciones sociales vigentes.

En cuanto a la disociación, cabe expresar que la comunicación educativa es la única opción posible para enlazar y dar sentido a las carreras de comunicación y de docencia, ya que cada una posee elementos totalmente necesarios a la otra y esto no se resuelve en el manejo de algunos medios ni en alguna dosis de información sobre el alcance y el sentido de la docencia.

LO CONCEPTUAL

La expresión que venimos utilizando está muy lejos de haber logrado una clara definición conceptual, especialmente porque en ella aparece el término “comunicación”. ¿A qué nos referimos con el?, ¿al modelo cibernético?, ¿a los puntos de vista del funcionalismo o del conductismo?, ¿a algún modelo estructural?

Cada uno de ellos significa una toma de posición frente a temas tan importantes como la comunicación social, las relaciones en organismos públicos y privados, la actividad docente, los mecanismos de evaluación.

Para nosotros no es válido hablar de la comunicación en general sino de diferentes procesos. Distinguimos, así, procesos de comunicación publicitaria, propagandística, estética, educativa. La especificidad de cada uno consiste en las relaciones que establecen los seres, relaciones que determinan el tipo de mensaje (sus características formales y su alcance significativo), el tipo de medio y el tipo de resultados.

Hay que entender desde el comienzo a la comunicación como una forma de relación social, y todo el mundo sabe que existen muchas maneras de relacionarse. Distinguimos, para los fines de este trabajo, relaciones autoritarias y relaciones participativas.

En un proceso de comunicación las primeras, las autoritarias, implican la monopolización de la elaboración de los mensajes y del manejo de los medios por parte de los emisores, lo que significa la capacidad de decisión sobre la conformación formal de los mensajes y sobre el sentido que intentan ofrecer al receptor, y, a la vez, la decisión sobre el uso y frecuencia del medio de difusión.

Demos un ejemplo: frente a un mensaje televisivo o una revista, el perceptor se convierte en punto terminal del proceso, ya que la elaboración del mensaje (esto es, la decisión sobre colores, formas, textos, temas...) y la decisión sobre el tipo, el medio (impresos, audiovisuales) son totalmente previos a su lectura.

Esto, en primera instancia, viene a coincidir con una ya antigua crítica a la unidireccionalidad de los medios. Pero para nosotros eso no es lo esencial. El que haya unos pocos que transmiten para muchos no significa necesariamente una relación autoritaria. El que estos no puedan enviar una respuesta a aquéllos, si bien dificulta la relación, no se convierte en un impedimento absoluto.

El autoritarismo consiste en que el emisor pretende dar una única versión, como si fuera absolutamente válida. Consiste en la pretensión de que al perceptor le toca aceptar y responder afirmativamente al mensaje recibido, sin ninguna posibilidad de crítica, de ruptura, de participación. Por ello, el autoritarismo puede ejercerse tanto en los medios de difusión colectiva como en una situación cara a cara. Es tan factible en transmisiones para millones de seres como en una relación padre e hijo, en un canal de televisión como en un aula.

En procesos de esta naturaleza aparecen mensajes caracterizados por un empleo de signos destinados en su totalidad a persuadir. Punto muy importante es que el mensaje está hecho de tal manera que mediante él se busca no dejar ninguna duda, no permitir otra interpretación, no abrir el camino a discusiones o críticas. Estamos ante un tema cuyos antecedentes se remontan a la antigüedad: la retórica, ese arte de persuadir a un público. Hay una retórica contemporánea, hay un ejercicio social de diferentes recursos del lenguaje para elaborar mensajes destinados a la persuasión.

La obsesión de los emisores autoritarios es la obtención de una respuesta afirmativa. De allí la importancia atribuida a la retroalimentación. En un proceso de este tipo se quiere controlar al perceptor; toda información que provenga de él será útil para hacer los ajustes necesarios a un perfeccionamiento del control.

Ejemplos dados en el campo de la enseñanza no faltan. Piénsese en la búsqueda de una respuesta correcta por parte del alumno, en el intento por mantener su conducta dentro de cauces previsibles que no inquieten la labor del docente y, sobre todo, de los inspectores escolares.

Si llevamos esa relación al extremo, nos encontramos ante un proceso consistente en la emisión de estímulos a los cuales habrá que responder fielmente según la intencionalidad del emisor.

La pregunta fundamental es esta: ¿La educación está al servicio de los emisores-docentes o de los alumnos? Un proceso autoritario tiene por protagonista al emisor; todo se evalúa, todo se mide a partir de él, de lo cual deriva irremediamente un intento por controlar cada una de las actividades, una monopolización de los mensajes y de los medios, una reducción del estudiante a la condición de polo terminal, complementario, del proceso. La incorporación de los medios de enseñanza no asegura de ninguna manera la ruptura del autoritarismo, incluso puede llegarse al refinamiento en el arte de manipular a los alumnos.

Pero a la vez hay que insistir en que no existe ningún medio intrínsecamente autoritario. El uso de ellos, las relaciones sociales en que se insertan, es la clave.

Resulta un error enfrentar a la enseñanza tradicional con un sistema basado en la programación de las respuestas y en el uso de los medios. Así como en la primera había posibilidades de participación según la actitud del docente, según la relación que se estableciera en el aula, así también la incorporación de la tecnología educativa, tanto en su vertiente de educación programada, como de uso de medios, no se asegura de antemano la destrucción de lo que se critica a la enseñanza tradicional.

Con lo anterior comenzamos a abordar el tema de la comunicación no autoritaria, cuya esencia es para nosotros la participación.

Pero conviene hacer una síntesis de las afirmaciones vertidas: Hemos aseverado que existe una disociación entre la comunicación y la educación, en el plano institucional, esto es, en los establecimientos encargados de la formación de especialistas; que, no obstante, la comunicación educativa se produce en nuestros países por una necesidad social que en tal sentido constituye experiencias alternativas a los procesos dominantes caracterizados por un despilfarro comunicacional; que no existe un proceso de comunicación, sino procesos claramente diferenciados según las relaciones sociales que en ellos se producen; que es posible hablar de procesos autoritarios siempre que exista una monopolización de la elaboración de los mensajes y del

manejo de los medios; a fin de lograr que el perceptor acepte una sola versión, la que le ofrece el emisor autoritario; que para ello se apela a todos los recursos ofrecidos por la retórica en la elaboración de los mensajes, y que, por último, la obsesión del autoritarismo es asegurarse una respuesta positiva por parte del perceptor, con lo que se hace necesario repensar el esquema caracterizado por la retroalimentación, por la programación y la incorporación de medios a la enseñanza; y decimos repensarlo, no descalificarlo de antemano.

LA PARTICIPACIÓN

A nadie se le ocurriría aceptar afirmaciones como estas: “método adecuado para manipular correctamente a los estudiantes es el empleo de recursos audiovisuales que permitirán tenerlos callados y sumisos”; “hay estímulos programados de tal forma que hasta el más inquieto y díscolo quedará bajo su control”. Nada más opuesto a la manipulación que la educación. Educar es... bueno, es no manipular, es no pretender el control total de la conducta ajena, sino permitir la emergencia de la actividad individual y grupal. Esos conceptos son válidos para otros campos, a nosotros no nos conciernen.

Sin embargo, un análisis a fondo de los textos de Skinner permite inferir algunas conclusiones. Las categorías básicas de su discurso son:

1. Una trasposición del modelo de investigación para las ciencias naturales y las ciencias sociales;
2. Una técnica social que favorece el control;
3. Un impulso del individualismo contra un proceso de socialización (en el sentido correcto del término, no como se proponen en **1984** o en **Walden Dos**);
4. Una limitación del aprendizaje a proporcionar información.

Tales categorías, para cuyo análisis seguimos las investigaciones de Gustavo Vainstein, resultan muy cercanas a las afirmaciones que rechazábamos antes. Un modelo que favorece el individualismo, el control social y que reduce el aprendizaje a recepción de información, se parece demasiado a las expresiones que considerábamos ajenas a la educación, porque, en definitiva, quien ejerce el control, quien favorece el individualismo y proporciona la información es el maestro o, mejor dicho, el sistema escolar dentro del cual este último pasa a ser un engrane tan controlado e informado como el alumno.

¿Con qué criterio se emplean esas categorías? La palabra mágica es eficiencia, y todos los sinónimos imaginables: eficacia, optimización, avance del rendimiento; relaciones costo/eficiencia, formación de un ciudadano brillante y eficaz. Si una empresa produce determinados rendimientos en un cierto tiempo ¿por qué no podrá ocurrir lo mismo con la educación?

Los sistemas de control favorecen los resultados previstos, nadie lo niega. Pero de control en control puede caerse fácilmente en las relaciones de tipo autoritario.

Algunas preguntas a propósito son: ¿eficacia para qué?, ¿en favor de quién?, ¿quién controla?, ¿con qué derecho?, ¿para qué?

La obsesión por la respuesta acertada lleva inexorablemente el aprendizaje al plano de la traslación, del traspaso de información. El equívoco que habíamos señalado para el periodismo se repite aquí: educar es informar, es pasar ciertos datos sobre algo y lograr que sean retenidos por quien resulta informado. Y no sólo se busca informar la conciencia plena, sino también la conducta, en cuanto manera de comportarse ante la realidad y ante uno mismo.

A partir de los criterios de eficacia y de información, difícilmente puede sostenerse una crítica válida a la educación tradicional. En ambos casos subsiste el autoritarismo, aun cuando nos resulta desagradable emplear ese término en relación con la enseñanza.

Hemos mencionado varias veces que la opción frente al autoritarismo es la participación: el alumno no es polo terminal del proceso sino parte activa del mismo; no está al servicio de un sistema, sino a la inversa. La participación implica la ruptura del monopolio en la elaboración de mensajes y en el manejo de los medios. El

esquema emisor-receptor no resulta válido. Hay que tender a grupos participativos donde la división informador maestro y alumno informado desaparezca.

Esto nos sitúa en un proceso de comunicación alternativo al que venimos criticando.

Aclaremos que muchas veces el autoritarismo no se ejerce conscientemente. Se está inserto en un sistema y se actúa en consecuencia.

LA EXPRESIÓN

Habíamos afirmado que la especificidad de cada proceso de comunicación consiste en las relaciones que establecen los seres, relaciones que determinan el tipo de mensaje (sus características formales y su alcance significativo), el tipo de medio y el tipo de resultados.

En un proceso participativo, los elementos formales y el sentido final del mensaje resultan totalmente distintos a los característicos del autoritarismo: Estos son elaborados en función del impacto, del efecto que pueden lograr en el receptor; aquéllos buscan enriquecer la percepción, servir de expresión individual o grupal; éstos cierran el camino a la interpretación de determinado tema, ofrecen versiones rígidas, no criticables; aquéllos están en función del tema, incitan a la pregunta, al diálogo, a la profundización; éstos refuerzan los lugares comunes, facilitan una interpretación a fin de que no se vaya más allá de ella; aquéllos apuntan a la creatividad, a la espontaneidad, a la ruptura de lo dado por sabido; éstos buscan una sola respuesta, aquéllos, abrir el horizonte de la pregunta. En educación, no hay experiencia más enriquecedora que la elaboración grupal de un mensaje. El autoritarismo cierra los caminos a la expresión individual o grupal. Piénsese en el intercambio de puntos de vista, en la búsqueda de información, en las discusiones, en la tarea de selección y de combinación de elementos formales que posibilitan la elaboración conjunta de un simple audiovisual. Hay una co-responsabilidad; la decisión ya no resulta arbitraria, ni una minoría decide para una mayoría.

La participación es experiencia enriquecedora que no es producto de la magia de un medio, sino de la puesta en práctica de relaciones sociales distintas a las ahora dominantes en el campo de la educación. La elaboración de mensajes, la utilización de medios, abre caminos valiosos a la expresión que sistemáticamente, en la escuela tradicional y en buena parte de la nueva escuela, ha sido controlada, reprimida. Pero los medios siguen siendo medios, esto es, instrumentos. Lo que cuenta es la elaboración del mensaje y la relación social que la sustenta.

La expresión no necesita irremediamente de elementos técnicos complicados. Lo importante es que ocurre, ya sea a través de un medio o de otro. Asistimos actualmente a un cierto menosprecio por las posibilidades que ofrecen los sistemas de expresión impresos. Todo lo confiamos a tecnologías complejas que a menudo resultan inaccesibles por su costo y su mantenimiento. Para expresarse basta una simple hoja de papel. No hemos resuelto aún el problema de la expresión mediante tan sencillo elemento, y ya damos el salto hacia la tecnología de avanzada. Recuérdese la extensa bibliografía sobre la represión de la expresión del niño en el ámbito de la imagen, de la música, de su propio cuerpo.

Si no varía la relación social, todos los recursos modernos no hacen más que reforzar una situación signada por el autoritarismo.

¿Tales afirmaciones nos llevan a descalificar totalmente los aportes de la tecnología? De ninguna manera. Todo el mundo sabe que pueden hacerse cosas maravillosas mediante una cámara fotográfica o de televisión. La cuestión consiste en la posibilidad de manejar la cámara y no en la recepción pasiva de lo que otros hicieron. De lo contrario sólo hemos suplantado la clase magistral por un no menos magistral empleo de medios.

Aun en el caso de que el mensaje sea elaborado por una minoría, lo fundamental es que sea incitador, profundizador de una cierta temática, enriquecedor de la percepción. El autoritarismo recorre siempre caminos trillados.

Mal puede desenvolverse la expresión en el contacto con una máquina donde se enciendan luces y que produce algún sonido cuando se acierta con la tabla o el botón adecuado. Mal puede evitarse el autoritarismo con reforzadores de ese tipo (analícese el sentido de ese término: reforzar).

Autoritarismo o participación, tal es el dilema fundamental de la labor educativa.

EL ANÁLISIS DE MENSAJES

No caemos en el error de creer que la expresión es producto total de la espontaneidad. Demasiado daño ha hecho esa creencia a la educación como, por ejemplo, la división entre los estudiantes “dotados” para la expresión verbal o por medio de imágenes.

La expresión se cultiva mediante un trabajo sostenido y (usemos el término) disciplinado, lo cual significa el ejercicio en el canal de expresión y el conocimiento a fondo de sus características.

Los elementos de expresión, en la escuela, son la palabra y la imagen. Hay que aprender a seleccionar y combinar, en el primer caso, y a elaborar y combinar formas y colores, en el segundo.

Todo ello en la conformación de los mensajes más elementales. La complejidad crece a medida que pasamos a medios más complicados, como el cine, por ejemplo.

A la elaboración de mensajes hay que agregar la capacitación para el desciframiento de los mismos. Hemos utilizado ya los términos semiótica y retórica. Esta proporciona reglas para conformar mensajes que puedan tener una cierta eficacia en el público; aquélla abre el camino a la interpretación de la estructura formal de los mensajes.

Precisemos: en las relaciones sociales, los mensajes cumplen funciones muy precisas, como indicar algo, calificarlo (positiva o negativamente), expresar un estado de ánimo... los mensajes tienen funciones indicativas, calificativas y expresivas. En cada caso, el emisor selecciona ciertos signos y los combina de una determinada manera. Esa elección y combinación dependen del sentido que se quiere dar al tema en cuestión. Cuando recibimos el mensaje, simplemente nos enteramos de lo que el emisor quiere decirnos; no poseemos instrumentos para analizar las características de la selección y combinación de signos. Al no poder evaluar críticamente la estructura formal somos presa fácil del sentido que se nos quiere imponer.

La lectura formal de textos y de imágenes permite cuestionar o profundizar el sentido que portan esos signos. Ejemplos no faltan: frente a un libro, frente a un audiovisual, puedo enterarme de lo que me dice el emisor. Pero un análisis de lo formal permite comprobar la insistencia en ciertos términos, el uso de tal color en relación con tal situación, la caracterización maniquea de los personajes, el empleo de figuras retóricas destinadas a reforzar un solo sentido, los detalles correspondientes a la ambientación de las acciones a fin de pasar una versión de cómo y dónde desenvuelven su vida los personajes, etc.

En los textos de tecnología educativa se insiste mucho en la selección de ciertos colores o de cierta tipografía, pero nada se dice sobre qué ocurre con la conformación misma del mensaje, y sucede que es en ella donde se juega el sentido que pretende enviarse al perceptor.

Los análisis semióticos han avanzado mucho en las dos últimas décadas. Si bien no son pocos los casos en que se ha caído en interpretaciones gratuitas y pérdidas de tiempo, hay que reconocer que existen ya excelentes recursos de análisis válidos para su aplicación en la educación.

El análisis de mensajes facilita la expresión. Quien es capaz de demostrar sistemáticamente algo, es capaz de criticarlo, de hacerlo de otra manera, incluso.

Un ejemplo: se ha hablado mucho de las posibilidades que ofrecen la historia o la fotonovela para la educación. Ambos géneros tienen un lenguaje muy específico; reglas de juego a las cuales el público está totalmente habituado y desarrollo de la trama que incluye una serie de funciones para los personajes. Si no se conoce todo eso, es muy fácil caer en errores como la rigidez de los personajes, el exceso de texto, la falta de selección de los planos, y también en el uso de mecanismo de selección y combinación de signos que corresponden al lenguaje autoritario.

La única manera de evitar algo semejante es recurrir al conocimiento de recursos semióticos que permitan la decodificación formal y, por lo tanto, del sentido que los elementos formales portan.

Un proceso participativo significa que tales recursos deberán ser conocidos por todos; de lo contrario caeríamos en una nueva forma de monopolización. La lectura de textos e imágenes tendría que incorporarse a la enseñanza, de la misma manera que se pretende incorporar medios audiovisuales a ella.

PRINCIPIO DE TOTALIDAD

Quien conoce y maneja la totalidad de un proceso está siempre en ventaja sobre quien se ocupa sólo de una parte. Esa es ya una vieja verdad que corresponde a distintos campos de la actividad humana. En el ámbito que nos ocupa, ocurre exactamente lo mismo. La incorporación de medios, la capacitación para su empleo no basta para dominar todo el proceso, y mucho menos para denominar a ésta como una comunicación educativa.

Un primer paso para abrirse a la totalidad está en el análisis de la estructura formal de los mensajes. Pero allí no se agota el camino.

El proceso de comunicación se funda en una serie de elementos que pueden detallarse de la siguiente forma:

emisor/códigos/mensaje/medios y recursos/perceptor/referente/marco de referencia/formación social.

No entraremos en la explicación de cada uno. Nuestro argumento es que si no se conoce lo que implican en sí mismos y en sus relaciones, difícilmente se puede salir de una situación de parcialidad.

Esto sea dicho de una manera general, casi abstracta, porque el sí mismo y las relaciones dependen de cada proceso: publicitario, propagandístico, estético, educativo...

La tarea se complica, entonces. La correcta caracterización de cada proceso permite delimitar con claridad el que nos ocupa. La formación en comunicación educativa es mucho más compleja que la simple incorporación de medios a la enseñanza.

No intentaremos, lo hemos dicho, la descalificación de tales medios. Sí buscamos situarlos en el contexto en que se mueven, en el proceso a partir del cual se les puede evaluar, proceso que obliga a tres pasos fundamentales:

- el conocimiento de los problemas teóricos de la comunicación educativa;
- el análisis de mensajes;
- el manejo de medios.

Estos pasos están insertos en el contexto global, en las funciones actuales y posibles de la comunicación educativa propia de nuestros países. A esto se añade necesariamente la crítica a los esquemas vigentes, a las teorías que fundamentan el auge de la tecnología educativa, crítica que quiere decir evaluación, no descalificación **a priori**.

Una formación en totalidad, una puesta en práctica de los pasos mencionados, supone una preparación que en general ni las escuelas de comunicación ni las de docentes están en posibilidad de ofrecer, no por falta de personal capacitado, sino por la carencia de coordinación, a la que ya hemos aludido. Hay algunas experiencias al respecto, como la maestría en comunicación educativa del ILCE. Además, lo importante es adaptarse a cada situación y avanzar lo más que se pueda, según las posibilidades reales.

DOCENCIA Y COMUNICACIÓN

Los encuentros realizados sobre comunicación educativa muestran que va quedando atrás el tiempo en que los docentes mendigaban apoyos para solucionar problemas concretos que la enseñanza plantea. La universidad dio en general la espalda a esta cuestión, en la medida en que se convirtió en un círculo cerrado, indiferente los ciclos primario y medio. Pero, además, la universidad no ha podido solucionar sus propios problemas de comunicación, no sólo en el ejercicio de la docencia, sino también en la creación de sistemas que signifiquen un real intercambio entre sus integrantes, a lo cual se suma la inserción de ella en la sociedad a la cual se debe.

El éxito de la tecnología educativa, aparte de las motivaciones económico-políticas, proviene sobre todo de que ofrece técnicas y medios para resolver los problemas a que aludimos. El docente pudo percibir que alguien se ocupaba de él, que le prestaba recursos para salvar escollos cotidianos.

Desde esa perspectiva constituiría un error rechazar en bloque la incorporación, el uso de tales recursos.

Nuestro argumento consiste en que si bien esos recursos significan un aporte, no abarcan todos los aspectos de la comunicación educativa: son parte de ella y de ninguna manera deben considerarse a la inversa.

La incorporación de un auxiliar depende del proceso en cuestión; éste determina a aquél. En la División de Ciencias y Artes para el Diseño, UAM-Azcapotzalco, se ha intentado utilizar medios y elaborar mensajes para situaciones sociales concretas. Ello nos ha llevado a rescatar en muchos casos el empleo de sistemas impresos que, en determinada circunstancia, pueden tener tanto o más valor que los medios audiovisuales. En otras ocasiones sí hemos empleado estos últimos.

Pero, además, la carrera de Diseño de la Comunicación Gráfica comprende la capacitación en todos los restantes elementos de un proceso de comunicación: teoría, análisis de mensajes y práctica concreta.

No es nuestro propósito presentar esta experiencia como modelo. La mencionamos para ilustrar aquella información de que quien maneja la totalidad de un proceso está siempre en ventaja sobre el que abarca sólo una parte.

PROPOSICIONES

Nuestra exposición se orienta a algunas propuestas:

1. que el concepto de comunicación educativa sea utilizado tomando en cuenta su pleno significado;
2. que los cursos de comunicación educativa incluyan teoría de la comunicación y análisis de mensajes;
3. que sean evaluadas las categorías que sostienen en general a la tecnología educativa, a fin de analizar el concepto de participación;
4. que se promueva el intercambio de experiencias entre escuelas de comunicación y de formación de docentes, a fin de cerrar la brecha actual;
5. que los cursos de comunicación educativa se incluyan en los currículos de ambos tipos de formación;
6. que se tienda a establecer estudios de licenciatura y de posgrado en comunicación educativa; y
7. que se cree un banco de datos y una revista de comunicación educativa de alcance nacional y latinoamericano.

Estas proposiciones no intentan agotar de ninguna manera todas las posibilidades que ofrece el tema que nos ocupa. México cuenta con personas que poseen la suficiente formación como para encarar la tarea que, por actual, compromete el futuro. Habrá que coordinar esfuerzos y aprovechar lo que ya se tiene.

La comunicación educativa, insistimos, no nace de acrobacias intelectuales. Es una necesidad concreta a la que la universidad no puede dejar de responder.